

como ser aventurero, la madre reunía alrededor de su hogar aquellos á quienes había criado y adiestrado para la vida. La maternidad se desarrollaba así en medio de la barbarie primitiva y daba el primer impulso á la civilización futura¹. Sobre las costas de la América meridional,



COMBATE DE LAS AMAZONAS

Bajo relieve antiguo.—Fragmento de un escudo

(Museo del Louvre)

donde los lazos de la familia se hallan muy relajados para la mayor parte de los hombres y donde prevalece una semipromiscuidad, el matriarcado se organiza naturalmente².

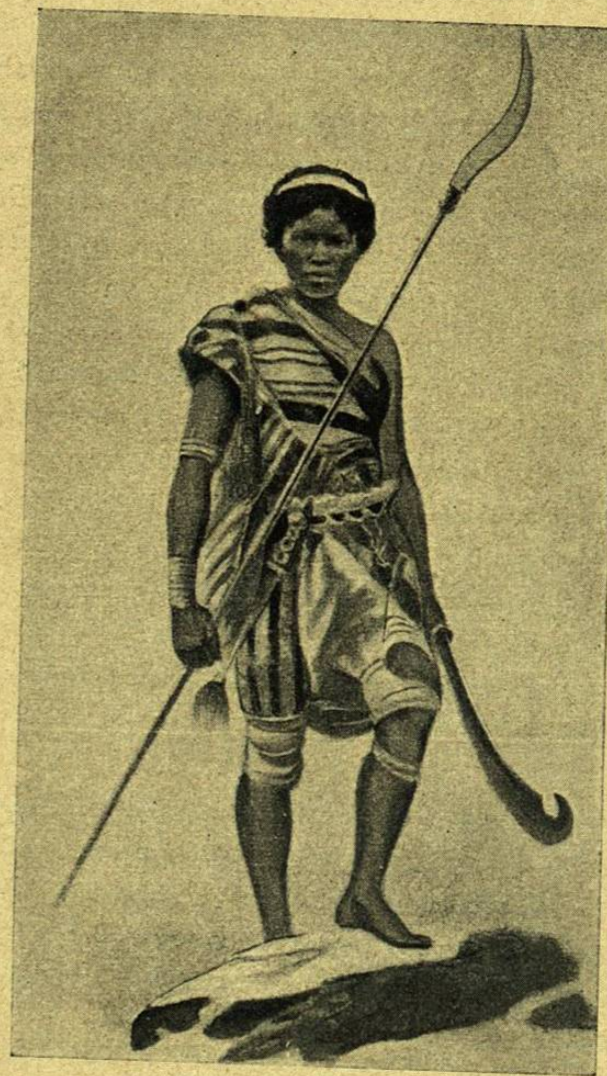
Quedando fuera de duda la influencia capital del hijo sobre la constitución del matriarcado, es cierto que la acción del medio geográfico ha de haber tenido también alguna parte en esta evolución social. Así es que en los países donde el principal medio de encontrar el alimento consistía en recoger los frutos y en rebuscar las raíces, las mujeres, á quienes sus funciones de madres y de nodrizas indicaban desde luego para ocupar el primer lugar, tenían además otras probabilidades en su favor como dispensadoras de la vida material. Esas probabilidades aumentaban todavía en las regiones poco amenazadas por la guerra, donde el hombre no se elevaba repentinamente al primer lugar en cali-

¹ Elie Reclus, *Republique française*, 23 febrero 1877

² Liard-Courtois, *Après le Bague*, p. 117.

dad de defensor ó de conquistador¹. Sin embargo, no es cierto que la misma guerra haya dado siempre la supremacía á los hombres, porque la leyenda relativa á las Amazonas, en el Antiguo y en el Nuevo Mundo, es harto general para que no se admita el hecho de una antigua dominación política de tribus guerreras mandadas por mujeres. Por lo demás, no se trata sólo de leyenda; los ejemplos de mujeres que fueron verdaderos jefes no faltan en la historia.

Pero hayan ó no existido Amazonas en tribus políticas distintas, es incontestable que diversas poblaciones han reconocido en absoluto la supremacía de las mujeres, y que en otras, los hombres, aun ejerciendo el poder, se consideraban dependientes de la familia maternal. Herodoto, en un pasaje célebre², dice que los Licios llevaban el nombre de la madre en lugar del del padre, y que su estado se regulaba por el de su generadora. Las inscripciones licias confirman la afirmación del gran viajero historiador, no mencionando más que los nombres de la



AMAZONA DAHOMEYANA

De una fotografía.

¹ Ernst Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, p. 36.

² Libro I, 173.

madre¹. A los ejemplos de matriarcado en la antigüedad recogidos por Bachofen, Mac Lellan y otros muchos viajeros han añadido los hechos pertenecientes al mundo contemporáneo entre las poblaciones incultas.

Para no escoger más que una forma típica de ese estado social, pueden citarse los montañeses del Assam, al sud del Brahmaputra, los Garros y los Khasias, que aun en nuestros días, á pesar de la influencia de los Hindús y de otras poblaciones de tipo patriarcal, se dividen en clanes que han conservado el nombre de *mahari*, es decir, «matrias». Emparentados con los Tibetanos, que también conservan restos de ginecocracia, esos pueblos ven siempre en la mujer el jefe de la familia. La virgen garo ó khasia hace al joven la proposición de tomarle por marido, y ella procede al rapto del esposo escogido, acompañada de sus amigos y de los servidores del clan materno. El divorcio pertenece á la mujer; á ella corresponde, cuando le place, tirar cinco conchas al aire para que la separación sea pronunciada y vuelva el marido á su patria primera, abandonando los hijos á la dominadora.

Hasta cuando el hombre haya sido tolerado durante toda su vida, es preciso que se divorcie el día de su muerte: sus cenizas son enviadas á su lugar de origen, mientras que la mujer es quemada con honor en su patria; después, las urnas de los hijos serán colocadas al lado de la urna materna².

Clasificando todos los hechos relativos á la constitución de la familia primitiva en las diversas comarcas del mundo, Cunow ha podido demostrar claramente que existe una estrecha dependencia entre la constitución familiar y las condiciones económicas del medio. Debido á eso, no se han encontrado jamás instituciones francamente matriarcales en los pueblos pastores.

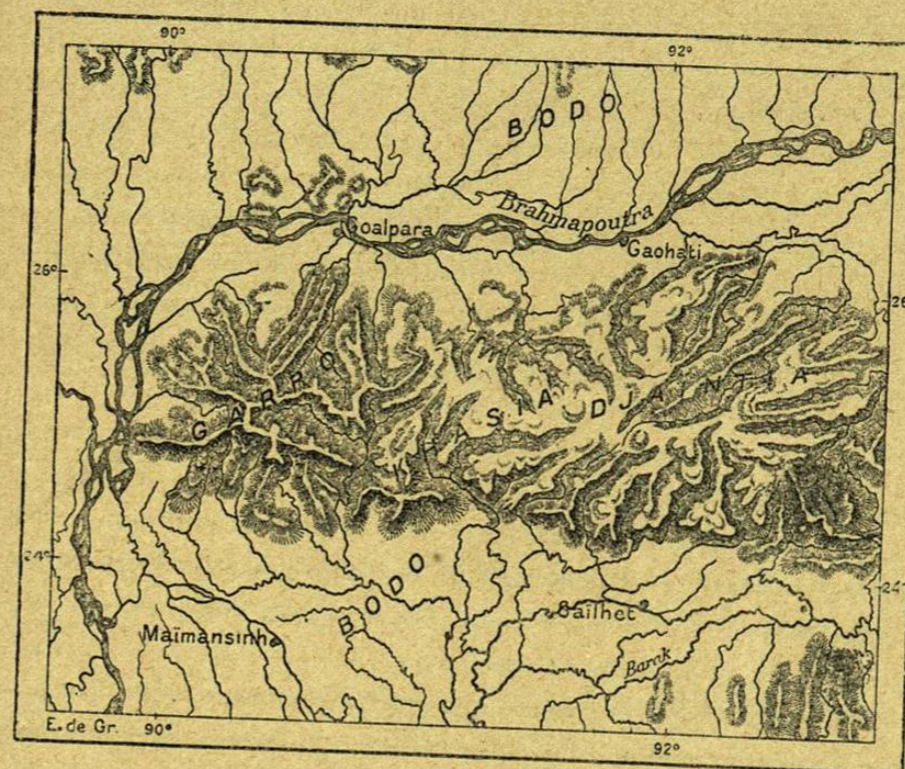
Hasta en las hordas errantes en que la descendencia se regulaba por la familia maternal, como entre los Ova-Herreros del Africa meridional antes que la conquista — quizá hasta la destrucción por un ejército colonial de Europa — no haya modificado sus costumbres, la mujer distaba mucho de llevar el cetro: la mujer obedecía, porque la fortuna procede

¹ Bachofen, *Mutterrecht*; M. Kowalewsky, *Tableau des Origines et des Evolutions de la Famille et de la Propriété*.

² Dalton, *Ethnology of Bengal*.

casi por completo del trabajo del hombre, que es quien conduce los animales al pasto, quien los cuida y protege contra el enemigo, animales feroces y merodeadores; quien ordeña las vacas y fabrica los quesos; quien posee á la vez la fuerza y la superioridad en el grupo económico:

N.º 35. Países del Matriarcado



las supervivencias matriarcales del pasado no impiden el dominio efectivo del hombre.

Pero allí donde la agricultura llega á ser el trabajo exclusivo de las mujeres, donde los maridos y los hijos están casi siempre ocupados fuera, en la caza, la pesca ó la guerra, la situación es absolutamente diferente, allí corresponde á la mujer la misión útil por excelencia en la economía general de la tribu. La agricultura le suministra cosechas de cantidad casi constante, en tanto que los productos aportados por el

hombre varían según las aventuras, los azares y el tiempo. La prosperidad común depende en absoluto de la buena gestión de las madres, de su espíritu de orden, de la paz y de la concordia que introducen en el hogar. El afecto natural que les dedican los hijos agrupados á su rededor se desarrolla en una especie de religión. No puede tomarse decisión alguna sin ser antes consultadas; dispensadoras absolutas de la fortuna familiar, acaban por ser las reguladoras de todos los asuntos sociales y políticos: aunque los más fuertes, los hombres se inclinan ante la soberanía moral.

Entre los Wyandot de la América del Norte¹, el gran consejo de la nación se componía de 44 mujeres y 4 hombres, los cuales en realidad no eran más que los agentes ejecutivos de la voluntad femenina². Pero en las sociedades más desarrolladas, en que la agricultura ha tomado tal importancia que el hombre abandona casi por completo la caza y la pesca para labrar con fuerza el surco, el eje social cambia en el grupo de los individuos, y de la gran familia matriarcal evoluciona la gran familia patriarcal, como la encontramos entre los antiguos chinos, los japoneses y los romanos (H. Cunow).

Por lo demás, la palabra «matriarcado» se presta á confusión. Imagínase fácilmente que la autoridad de la madre sobre los hijos implica la dominación en la familia, ó á lo menos la igualdad de la mujer con el padre; pero esas son cosas muy diferentes.

El poder maternal no impide de ningún modo la brutalidad del marido: no hay en esto, por decirlo así, más que simplificación del trabajo en el gobierno de la familia. De ese modo, en los Orang-Lauts, que habitan la península de Malacca, los hijos pertenecen á la madre sola, lo que es verdaderamente el régimen del matriarcado, y, sin embargo, la mujer lleva una existencia desgraciadísima: el marido la pega y no le permite comer en su presencia³.

También en Bearn, lo mismo que en el Japón, el marido de una heredera, la mayor de los hijos, va á vivir á la casa de ella y de la misma recibe el nombre, que es á la vez el de la tierra y que se convierte en el de toda su familia: podría concluirse de esto en la existencia de un

¹ Heinrich Cunow, *Le Devenir social*, abril, 1898, págs. 335 á 341.

² J. W. Powell, *Wyandot Government*.

³ Laloy, *Anthropologie*, t. VIII, 1897, pág. 116.



EL GRAN CONSEJO DE LAS MUJERES ENTRE LOS WYANDOT

Dibujo de Georges Roux según una fotografía.

verdadero matriarcado; pero el marido, cualquiera que sea la deferencia hacia la heredera que le da fortuna y nombre, no por eso deja de ser el jefe, el dueño positivo¹.

La poliandria es una forma de unión que deriva naturalmente del matriarcado. En la unión del hombre y de la mujer, los dos elementos tienden á mantener á pesar de todo su personalidad y por consecuencia á predominar según que el uno ó el otro se halle favorecido por el medio. Pues la mujer, dueña absoluta de sus hijos, subordinado el hombre á su poder y siendo su voluntad única en la familia, no tenía que combatir una opinión hostil, tomando sucesivamente, ó á la vez, varios favoritos: como reina, no tenía más que escoger; pero siendo su corazón voluntariamente fiel conservador de las primeras impresiones, aun en plena poliandria, solía tomar la costumbre de conservar la cohesión familiar, dándose por esposos comunes todos los hijos de una misma madre. Tal era la forma de matrimonio que prevalecía antiguamente

¹ Jacques Lourbet, *Revue de Morale social*, 1899, pág. 164.